

# El problema de la muerte ontológica y la poesía de Pablo Neruda.

Por Clarence FINLAYSON

La Muerte se ofrenda a Neruda como liberación cósmica. Es una concepción búdica. Para mayor explicación, para un panorama sintético del Budismo, transcribo de mi obra "Analítica de la Contemplación" el siguiente párrafo (1):

"El reposo —de pura potencia o negación de ser— involucra desolación de realidad, excluye el poder ser, rechaza toda tentativa de devenir: es la Nada. El Budismo se ha sentido atraído por esta clase de reposo. Hay otro que entraña supremamente Plenitud; en este reposo el ser excluye al límite y a la potencia, rechaza interiormente del fondo de su eydos la posibilidad del movimiento. Este es el reposo que ambiciona la vida, que aspira el hombre. La proyección de toda substancia finita está potenciada hacia la quietud y el sosiego, es la razón de ser de todo ente potencia-acto. Causa eficiente Primera el Acto Puro Inmóvil es también Causa Final esponjadora. Esa realidad que busca el movimiento es el reposo, pero es el reposo actual de la Plenitud. La trayectoria del devenir universal de la vida y del Cosmos a punto a lo Infinito Pleno de Actualidad Pura. La ausencia de Metafísica realista ha hecho confundir el reposo de Plenitud con la quietud de la Nada. Establecer en principio que el Principio de la movilidad, del fieri, del devenir, es el No Ser, la Nada insondable en que se sumergen los contradictorios y se realizan las supremas reducciones entre el ser y el

(1) *Analítica de la contemplación*. Santiago de Chile. (Primeras páginas).

no ser, es captar la ausencia absoluta de realidad, afirmar la suprema negación. Si la Causa Eficiente Primera del devenir de la vida es la Nada, la Suprema Finalidad hacia la cual se mueve la vida es también la Nada. El Budismo ha cogido la trayectoria del movimiento en su no-realidad descendente, ha captado del Cosmos la suprema imposibilidad del absurdo y así ha plasmado el error más fundamental y eudéctico y genérico de la Metafísica. La ley del movimiento es tratar de escapar al movimiento. Fin de la vida es el reposo de Plenitud. El Budismo ha dicho: Fin de la Vida es el reposo de la Nada. Psicológicamente, en cuanto al hombre se refiere, se traduce esto en un sumergirse en el no ser, en una suprema despersonalización en el Nirvana ataráxico. La virtud que es la trayectoria estable que capta la vida en una dirección natural hacia su fin Supremo, tiende y es plasmación de semejanza e imagen con la Substantialidad de la Causa Incausada que es Actualidad Plena y Perfecta. Todo lo que está en potencia en el hombre, no desarrollado, que es todo, debe constantemente progresar. Es la ley de la Vida. Se acerca perpetuamente hacia el Acto Puro: es el Amor de la Bondad Infinita. El Cristianismo nociona la virtud como una acción, como un parecerse a la Divinidad, al término de la trayectoria vital. La lógica profunda de la Metafísica contraria —Nadalogía— plasmada en el Budismo, ha forjado también su moral. El budista comprendió la relación que debe guardar el ser moral con el Supremo Término de la Vida y del Cosmos. La virtud suprema búdica es la ataraxia —reposo anticipado del Reposo Nádico Supremo. La contemplación búdica no es ontológica, es muerte total, de negación suprema. Ella ha captado la trayectoria del mundo y de la vida totalmente al revés”.

La muerte es eterno motivo de inspiración poética. La muerte está en la esencia del arte humano. Por eso es universalmente cantada. Morir es trascender, se deja de ser, y lo inmortal supervive en forma de otra substancia (el alma, forma imperfecta, vive como forma pura). El hombre ante la visión de la realidad, cuando la intuición ha devenido al fondo de las cosas, tiene delante dos caminos: el ser y el no-ser. Es tanta la realidad ontológica que puede producirse el deseo de anonadamiento, o la aspiración superviviente a Dios. El ser que vive tragedia,

que vive su no-ser puede que en giraciones anormales de su funcionamiento desee no vivir. El suicidio es un hecho contra toda razón fenoménica. La sabiduría antigua había dicho que más vale no ser a ser con limitación trágica de angustia. Cuando Hamlet en un célebre monólogo plantea el dilema en el "To be or no to be, that is the question", se coloca en posición de desequilibrio desde el ángulo del ser limitado que por ser y no-ser a la vez, puede abanderizarse con el no-ser, es decir, con la nada. Mirado desde el pedestal de una razón pura, total, absoluta, y esto es lo normal cuando nos introspectamos sinceramente hasta lo hondo, el ser vale "experimentalmente" más que el no-ser. Metafísicamente no puede plantearse este problema. Qué vale más, el ser o el no-ser? Valer es idéntico a ser. El no-ser no vale sencillamente. Esta cuestión es cuestión en la vida que abre brechas por su anomalía en dirección al no-ser, mientras por casos excepcionales no mira en su espíritu al ser puro. En Neruda, el No-ser se ofrece como liberación, como término mejor dicho. El Nirvana atarácico no puede ser liberación, a no ser que confundamos lamentablemente aniquilación con libertad. Libertad es actuar y el primer acto es la existencia. La muerte— aunque se crea que es aniquilamiento como lo sienten los budistas— engendra sollicitación constante. La muerte es el contacto entre el tiempo y la eternidad, entre el movimiento, el fieri, y la realidad inmóvil. Por ser contacto parece que involucrara algo de eternidad. De ahí que el arte que viene a golpear al espíritu del artista desde ese mundo misterioso "uno e inmenso" para que éste vibre y cree y lo haga pasar al mundo del Tiempo y del Espacio, resquebrando su esencia pura, en multiplicidades desordenadas, en cierta forma de "inmovilidad" recuerde a la muerte. Pero es lo inmóvil término antiguo en lenguaje humano, y hay dos inmóviles a quienes separa un universo distancial. El inmóvil potencial y el inmóvil actual. Por una semejanza aparential el hombre ha creído anormalmente ver en la muerte la inmovilidad del ser. El arte humano se desenvuelve entre la potencia y el acto, está en movimiento: el arte es dinámico. El gran artista es el que simplemente vive su vida porque el Motus no se capta directa y formalmente sino en la duración interior.

Dice Bergson:

"Lo mismo puede decirse de los momentos de nuestra vida cuyos

artistas somos; cada uno de ellos es una especie de creación; y lo mismo que el talento del pintor se forma o se deforma, y siempre se modifica bajo la influencia de las obras que produce, cada uno de nuestros estados, a la vez que brota de nosotros, modifica nuestra persona, por ser la forma nueva que acabamos de darnos. Por esto es exacto decir que lo que hacemos depende de lo que somos; pero a esto debe añadirse que en cierto modo somos lo que nos hacemos, y que nos creamos continuamente a nosotros mismos". ("La Evolución Creadora". — H. Bergson).

Y hablando del arte, dice en "Le Rire": "Cuál es el objeto del arte? Creo que si la realidad viniese a herir directamente nuestros sentidos y nuestra conciencia, si pudiésemos entrar en comunicación inmediata con las cosas y con nosotros mismos, el arte sería nulo, o más bien, todos seríamos artistas, porque nuestra alma vibraría entonces continuamente al unísono con la Naturaleza. Nuestros ojos, ayudados de la memoria, recortarían en el espacio y fijarían en el tiempo cuadros inimitables. Una mirada nuestra cogería al paso, esculpido en el mármol viviente del cuerpo humano, fragmentos de estatua tan hermosos como los de la estatuaria antigua. Oiríamos como una música alegre unas veces y las más veces triste, pero siempre original, que cantara en el fondo de nuestra alma la melodía constante de nuestra vida interior. Todo esto se halla en torno de nosotros y en nosotros mismos, y sin embargo, nada de ello lo percibimos claramente. Entre la Naturaleza y nosotros, ¿qué digo? entre nosotros y nuestra propia conciencia viene a interponerse un velo que es muy tupido para el común de los mortales y casi transparente para el artista y el poeta".

No puede darse una mística serena en reposo en el arte humano; él es torrencial, es angustia de deslímite, o desesperación de lindero, cárcel que brota de adentro, de su distinción real entre esencia y existencia. Nos morimos viviendo y vivimos muriendo. Ya Santa Teresa de Jesús decía en versos inmortales:

Vivo sin vivir en mí,  
y de tal manera espero,  
que muero porque no muero.

El amor es la conciencia del devenir en su plano apetitivo. El amor es amor a la Vida. La muerte se mira con el amor como el ser

con el no-ser. Todo amor es inmortal. Significa una naturaleza inmortal. El amor es conato a la unión, y esto sólo existe entre dos términos. El no-ser no puede ser término. La nada se opone al amor esencialmente. Todo amor humano en lo finito es muerte. El amante, dice Unamuno, y extendámoslo esto en una analogía infinita, se arroja con furia sobre la cosa amada, buscando algo que está allende ella y por ello se desespera.

“La intelección tiene con el amor muchas semejanzas. Ambas suponen correlaciones de objeto y sujeto. El rol que desempeña el amor en la intuición es formidable. El amor en el orden sensible frecuentemente adivina hechos y preestablece relaciones. El amor puro en el orden intelectual se hace sobremanera intuitivo, atrae a la inteligencia multitud de conocimientos y la enriquece con un acervo insospechado y a veces intrasmontable de un modo natural por las solas fuerzas y potencias del entendimiento. Los grandes amadores se parecen a las grandes genialidades, ambos intuyen en el ser, ambos adivinan, ambos se enriquecen en continuas contemplaciones. Estas son siempre intelectuales: difieren sólo en la manera de producirse: unas se realizan por la prolongación sola de la potencia intelectual, otras son motivadas por la fuerza incontenible del amor que abre a la visión senderos insospechados. El gran amador desea unirse al objeto amado: esta tendencia es tan fuerte y potente que hace que antes que se presente claramente el objeto se le adivine y se le ame; la intuición se produce por adivinación. El que ama mucho algo busca constantemente: perfecciones y formalidades nuevas en el objeto amado, para aumentar y acrecentar su amor; así también constantemente la contemplación intelectual se enriquece con motivos que le trae y le brinda el amor. Los grandes amadores, especialmente los místicos, perforan, como el genio, profundamente la realidad y se elevan directamente a maravillosas regiones. San Francisco de Asís columbra en un instante la hermosura del Creador a través de una florecilla de los campos, hiende trascendentales relaciones en una mirada poderosa: es su amor el que motivaba la creación y nacimiento de la intuición intelectual: el éxtasis es el fruto de la intuición, el reposo de la actividad colmada. El intuitivo ama más que nadie la contemplación, porque es su vida, su eydos. El abandono es el fruto del amor, el reposo es el fruto de la contemplación. El intuitivo vive entre dos

mundos, entre lo analógico y lo unívoco, lo negativo y lo positivo, lo aparente y lo eydético. La vida del intuitivo es, por esto, un continuo sacrificio. Nuestro amor deambula por la superficie de los seres, deseando con intensidad poderosa penetrar en el interior, pero la impenetrabilidad de la creatura se lo impide; en su disfrute encuentra al mismo tiempo el dolor. Lo mismo el intelecto. El origen del sacrificio está en ser un espíritu sumergido en materia.

El amor creatural jamás se sacia porque no puede penetrar hasta confundirse. La creatura es impenetrable para la creatura”.

“La intuición nos acerca más al ser que todo razonamiento: ella exige una capacidad-espiritual que como espíritu penetre la realidad. La materia es inapta para penetrar la materia. Se opone al conocer y al amor esencialmente. Si conocemos y amamos es a pesar de la materia, porque captamos el reflejo del Espíritu absoluto y este reflejo es espíritu, es eydos, es forma. El conocer es un retorno a lo absoluto y mientras más intuitivo y perfecto, más “absoluto”. Toda la vida —conocimiento y amor— está en perpetua giración en torno a lo Absoluto. Todas las fallas del mundo moderno están en desconocer esta suprema verdad. Las ciencias, la filosofía, la sociología, la política: todo. La sustancia del universo es divina por relación, por participación trascendental. El ser es en cuanto participa como la verdad y todos los seres son contemplaciones por cuanto esta participación es espiritual aunque trascendental. “En lo absoluto nosotros somos, circulamos y vivimos”, decía en 1907 H. Bergson. San Pablo ya lo había dicho en su discurso del Areópago. El mundo universo descansa en la inmensidad de las Ideas Divinas como la nave en la extensión del océano.

Todo ser en cuanto ser es el objeto primordial del entendimiento. La universalidad del ser puede provenir del ser mismo o de sus propiedades trascendentales con las cuales se convierte. La contemplación del ontólogo capta al ser en función del ser, la del artista coge del ser la belleza, la armonía; el santo intuitivo contempla al ser en cuanto expresión de bondad, de hermosura, de reflejo de la Divinidad. En el fondo, la Metafísica no se entiende sin proyecciones teologales: ellas constituyen su Principio y su Finalidad. En la hondura de todo arte y de toda expresión humana radica siempre y esencialmente como eydos una significación intelectual. Y no puede ser de otro modo: la di-

ferencia específica del hombre es su racionalidad, y ella debe marcar su especie y todo producto de su especie, de la cual no puede desligarse el hombre. Arte sin espíritu no es arte humano, así como el comer no es función propia del hombre. La actividad humana que más se acerque al espíritu, revelará mejor al hombre, acentuará su potencialidad de diferencia específica. *Operari sequitur esse*, la operación sigue al ser. *Omne quod recipitur ad modum recipientis recipitur*, todo lo que se recibe al modo del recipiente se recibe. Estos dos principios informan toda la vida humana y toda su actividad; sin ellos se es imposible comprender nada. El ser, a través de sí y de sus tres propiedades plasma la universalidad de la vida humana y de su acción. La verdad forja el entender, la bondad informa el amor y la hermosura engendra la creación. Ciencia, Moral y Arte responden al ser en sus aspectos trascendentales. Todos envuelven relaciones. La ciencia coge al ser en su inteligibilidad, extática, representación de la Esencia Infinita —explicación suficiente suprema; la moral capta al ser en su trayectoria —naturaleza— hacia su perfección, su término; así podría definirse como el estudio del ser en cuanto tendencia. El arte vibra con la armonía del ser. Mientras la ciencia y la moral deben circunscribirse a la fijación que lanzan la verdad y el bien, el arte goza de más libertad. De aquí se deriva que el arte no es mera imitación, y la razón está en que el espíritu es superior a la materia, en que es actividad, en que disfruta de la facultad de captar lo universal, de forjarse nuevas formalidades y ver las nuevas relaciones; el artista imita al Creador creando en su mundo interior, y disponiendo a imagen y semejanza de su arquetipo espiritual las realidades ya existentes que Dios ha creado. El arte es fundamentalmente una acción humana y Divina. El poder de crear se asienta en la potencia de universalizar. No existe la imaginación creadora; lo que hay es que la inteligencia dispone estas imágenes para expresar una idea, en nuevas formas y maneras. En el acto creativo entra todo nuestro ser —cuerpo y espíritu— imaginación, inteligencia y voluntad— y el amor al significar lo interior y plasmarlo fuera de nosotros juega el más importante rol, después de la contemplación. Contemplación y amor son los dos polos alrededor de los cuales gira toda la creación. El arte viene a ser como un juego del espíritu. El mundo-universo no es otra cosa que el reflejo de una idea. Dios es el Artista Supremo. El

arte humano significa algo interior, expresa a su manera y modalidad un *eydos* ideológico. Todo arte profundo expresa vitalmente una inquietud ontológica. Digo inquietud porque en esta vida humana —analogía y negación— noche del espíritu— nada puede pensarse ni expresarse sin pasión o deseo de conseguimiento. La serenidad de plenitud nos ha sido negada en nuestra existencia terrena. El fondo del arte, del verdadero arte humano, profundo, hondo, metafísico, con proyecciones teologales, no puede gozar de quietud, es dinamismo, es movimiento, es acción de tendencia. Una mística serena, altísima en reposo, descansada en beatitud, no es patrimonio del arte humano, es engañoso, porque el fondo del ser humano es trayectoria, es potencial, es perfectible.

La música es la matemática espiritual del sonido; la belleza es armonía y esplendor; proporción y unidad forman la armonía, el esplendor es el resplandor del espíritu, es la unidad en acción, es el reflejo del ser. El organismo humano tiende a expresarse siempre en un ritmo; el ritmo de lo sensible, diviniza al hombre, hace sentir más intensamente, mantiene y graba, nutre y plasma con más potencia el sentimiento, el cual se eleva, cogido por otro ritmo, hacia la armonía de las ideas y hacia la incorporación del misterio, en vuelo a las cumbres con el ritmo del espíritu.

La música es el arte que coge la vibración de armonía que exhalan las otras obras de belleza, capta ese aletear, esa emanación que fluye de todo lo hermoso y sintentiza en proporción, en una nueva armonía y esplendente unidad.

Es, a mi juicio, después de la poesía, el arte más expresivo y más espiritual del hombre, el más puro, el que menos se mezcla con la materia.

La grandeza de un Beethoven está en haber cogido al hombre en su potente trayectoria hacia la Plenitud y dar la sensación vital de su hambrear de Infinitud, y la incorporación vital del misterio —que plasma constantemente dentro de nosotros— del que hacemos falta, y cuya huída y danza hacia lo Infinito es inevitable, y que nuestro deseo de conseguimiento es siempre vano— *eydéticamente* vano. El arte como toda ciencia y toda actividad humana o finita, mientras más se eleve, más empapa e imana imperfección. Cima y Sima tienen una idéntica

expresión. Arte profundo, ciencia profunda, tienen que poseer radiaciones ontológicas —proyectiles lanzados a la Plenitud, por consiguiente al Misterio, a lo Inexpresable. Las Catedrales góticas tienden a significar elevación a lo infinito: de ahí su imperfección, su inacabamiento. A medida que el ideal es superior, es decir, se va haciendo superior en género y especie, su expresión se volatiliza, se va plasmando imposible, borrándose de toda posibilidad de ingredir la idea a través de elementos de materia. La música, en cierto sentido es inferior a la poesía —ésta es eminentemente conceptual— aún el sentimiento trata de expresar lo conceptualmente— es a ella superior: ella capta del hombre algo que la poesía no coge, ella realiza en el seno del espíritu y del cuerpo lo inexpresable ideológico, casi lo instintivo, lo dormido y eternamente dormido, el fondo de hondura de un deseo indefinible que dentro bulle sin cesar, ella es a veces puesta en contacto con el alma fuera de lo discursivo, fuera de toda regla consciente analógica, ella es intuitiva y capta relaciones que sólo despiertan en el espíritu del hombre con las armonías de Orfeo. El ser tiende a latir su vida en un ritmo; la música se interioriza y hiende al eydos de ese ritmo natural-orgánico, lo capta, lo hace vibrar y lo lanza lleno de vida en una nueva vibración armónica. El ritmo es tan natural en la naturaleza que, aún sin comprender intelectualmente, el reino animal es sobrecogido por la música, y la persigue como madre de su latir interior.

La belleza es espíritu. El universo material es bello a pesar de la materia. La belleza de la materia no es material sino espiritual. Es el resplandor reflejo del espíritu. La sensibilidad no capta sino orden inferior de placer o dolor y es el espíritu el que contempla la belleza. Esta se ve instintivamente porque su substancia es presentarse en armonía, es decir, en unidad, y ésta es indivisa y no racionada. La materia esparce al espíritu, mientras éste densifica. ¡En todo ser material e espiritual, radica una forma que es como tal inteligible supremamente en Dios, y en toda inteligencia posteriormente y con dependencia. De ahí que el mundo material participe trascendentalmente y aun en plano último y opuesto — como vestigio negativo y analógico — de la gloria del espíritu.

El artista humano —para mostrar espiritualidad— muchas veces debe destruir la materia, deformándola. El Greco es un ejemplo. Dios, intensificando la perfección de la materia esplenderá espiritualidad gozosa. El Artista Supremo construye. En el orden moral actual, el sacrificio es signo de ofrenda, y lo perfecto está en ofrendar lo perfecto, que refleja más los dones del Arquitecto.

En un orden absoluto de perfección, el sacrificio y toda destrucción son aniquiladas para dejar sólo paso al ser. El acercamiento a la Divinidad en cualquier plano —estético, intelectual o moral— consiste en intensificar el ser.

\*

La belleza sensible es el reflejo de los dones del espíritu en una forma vestigial.

El amor aparece en Neruda “gimiendo por cada poro un grito de desconsolación”, nace al mundo “chorreando sangre”. En función mortal se reviste el amor nerudiano, amor desesperado e imperfecto que descansa en “la cantidad interminable que divido con mis ojos de invierno, durante cada día de este mundo”. El amor de Neruda es triste, es amor de angustia y sólo angustia. No sé por qué me recuerda a veces su actitud a la Wania de “Humillados y ofendidos” de Dostoyevsky cuando contemplaba su solitaria buhardilla en las quejumbrosas tardes de San Petersburgo, rodeado de nieve caída. Neruda da las proyecciones de su amor desesperado, “enroscado como la cuerda rota de un violín” en figuras monstruosas o bajas, llenas de toda la noche del mundo. Porque el amor descubre horizontes, y el que mucho ama, y *lo que ama*, contempla y adivina. El espíritu del poeta se recubre de cenizas, a veces cenizas que oscurecen a momentos la hoguera de su pasión, amor enfermizo que contempla un universo desquiciado:

“Mi corazón, es tarde y sin orillas,  
el día, como un pobre mantel puesto a secar,  
oscila, rodeado de seres y extensión:  
de cada ser viviente hay algo en la atmósfera:  
mirando mucho el aire aparecerían mendigos,  
abogados, bandidos, carteros, costureras,  
y un poco de cada oficio, un resto humillado  
quiere trabajar su parte en nuestro interior.  
Yo busco desde antaño, yo examino sin arrogancia,  
conquistado, sin duda, por lo vespertino”.

Neruda entra en la noche convencido de ser vencedor, y a instantes crece la ilusión y el derecho de creerse. Penetra envuelto en su mantuaje de sombras, retorna la sombra en torno, gira su vida nocturna y el poeta, otra vez, arrastrado hacia la noche.

### COLECCION NOCTURNA

He vencido al ángel del sueño, el funesto alegórico,  
su gestión insistía, su denso paso llega  
envuelto en caracoles y cigarras,  
marino, perfumado de frutos agudo.

Es el viento que agita los meses, el silbido de un tren,  
el paso de la temperatura sobre el lecho,  
un opaco sonido de sombra  
que cae como trazo en lo interminable,  
una repetición de distancia, un vino de color confundido,  
un paso polvoriento de vacas bramando.

A veces su canasto negro cae en mi pecho,  
sus sacos de dominio hieren mi hombro,  
su multitud de sal, su ejército entreabierto  
recorren y revuelven las cosas del cielo:  
él galopa en la respiración y su paso es de beso:  
su salitre seguro planta en los párpados  
con vigor esencial y solemne propósito:  
entra en lo preparado como un dueño:  
su substancia sin ruido equipa de pronto,  
su alimento profético propaga tenazmente.

Reconozco a menudo sus guerreros,  
sus piezas corroídas por el aire, sus dimensiones  
y su necesidad de espacio es tan violenta  
que baja hasta mi corazón a buscarlo:  
él es el propietario de las mesetas inaccesibles,  
él baila con personajes trágicos y cotidianos:  
de noche rompe mi piel su ácido aéreo  
y escucho en mi interior temblar su instrumento.

Yo oigo el sueño de viejos compañeros y mujeres amadas,  
Sueños cuyos latidos me quebrantan,  
Su material de alfombra piso en silencio,  
su luz de amapola muerdo con delirio.

Cadáveres dormidos que a menudo  
danzan asidos al peso de mi corazón:  
¡qué ciudades opacas recorreremos!  
Mi pardo corcel de sombra se agiganta,

y sobre envejecidos tahures, sobre lenocinios de escaleras gastadas,  
sobre lechos de niñas pensativas entre jugadores de foot-ball,  
del viento ceñidos pasamos:  
y entonces caen a nuestra boca esos frutos blandos del cielo:  
aquel que se nutrió de geografía pura y estremecimiento,  
ese tal vez nos vió pasar centelleando.

Camaradas cuyas cabezas reposan sobre barriles  
en un desmantelado buque prófugo, lejos,  
amigos míos sin lágrimas, mujeres de rostro cruel:  
la medianoche ha llegado, y un gong de muerte  
golpea en torno mío como el mar.  
Hay en la boca el sabor, la sal del dormido.  
Fiel como una condena a cada cuerpo  
la palidez del distrito letárgico acude;  
una sonrisa fría, sumergida:  
unos detenidos ojos como fatigados boxeadores:  
una respiración que sordamente devora fantasmas.

En esa humedad de nacimiento, con esa proporción tenebrosa  
cerrada como una bodega, el aire es criminal:  
las paredes tienen un triste color de cocodrilo,  
una textura de araña siniestra:  
se pisa en lo blando como sobre un monstruo muerto:  
las uvas negras inmensas, repletas,  
cuelgan de entre las ruinas como odres.  
¡Oh! Capitán, en nuestra hora de reparto  
abre los duros cerrojos y espérame,  
allí debemos cenar vestidos de luto:  
el enfermo de malaria guardará las puertas.

Mí corazón, es tarde y sin orillas,  
el día, como un pobre mantel puesto a secar,  
oscila, rodeado de seres y extensión:  
de cada ser viviente hay algo en la atmósfera:  
mirando mucho el aire aparecerían mendigos,  
abogados, bandidos, carteros, costureras,  
y un poco de cada oficio, un resto humillado  
quiere trabajar su parte en nuestro interior.  
Yo busco desde antaño, yo examino sin arrogancia,  
conquistado, sin duda, por lo vespertino.

Sé yo positivamente que muchos han sentido la noche del mundo. Yo la he sentido. Sé que muchos tienen necesariamente que haberla experimentado. El silencio de la nada y el silencio de la plenitud, y sin embargo en el segundo silencio una sinforia que extasia y arrebata. He encontrado en Bernanos, el célebre autor de "Bajo el Sol de Satán", una de las más grandes sensaciones de la caída física de la

noche en el alma, que sentiríamos cuando desde lo alto de un mástil cayéramos en lo interminable en la noche negra. Cuando se pierde la consciencia bajo la acción de un narcótico nos sentimos caer en el vacío negro, psíquico y gnoseológico, total en la noche, cayendo y cayendo en lo interminable como trazo que perfora espacios, perforando en el tiempo. El espíritu cuando intuye y lanza chispazos al mundo de las esencias y mírase en sumersión de fenómeno y mira sólo periferias accidentales de realidad, tiene intuiciones "nocturnas" de la gran soledad abismal y lejana de la Plenitud, de la noche nocturnal del universo.

Neruda lleva dentro el instinto nocturnal, presagio y reflejo del anhelo del ente y de la luz.

"Vivo lleno de una substancia de color común, silenciosa  
como una vieja madre una paciencia fija,  
como sombra de iglesia o reposo de huesos.  
Voy lleno de esas aguas dispuestas profundamente,  
preparadas, durmiéndose en una atención triste".

Neruda está en actitud de partida ante el mundo y ante cada actor del mundo. El amor humano es peregrino, es gerundivo y el sustantivo aparece sólo en lontananza. El amor empieza por lo Absoluto antes que por lo relativo, pero el segundo que se ama es el yo. Yo=Yo. Yo siempre, y amar para mí. El yo no puede ponerse sin amarse. Es el principio de identidad en el amor. El yo se pone en este mundo con costra que pasa. Su tragedia —fuera de su limitación— se constituye por el hecho de existir en el Tiempo y fuera del Tiempo. Su destino proyecta visión y amor en lo intemporal, la vivencia de medio —mérito y demérito— lucha en el tiempo su feroz batalla.

Que se te vaya la vida, hermano,  
no en lo divino sino en lo humano,  
no en las estrellas sino en tus manos.  
Que llegará la noche y luego  
serás de tierra, de viento o de fuego.

El amor es de suyo reflejo de esencia inmortal. El amor es felicidad, perfecta en el acto e imperfecta en el deseo potencial. El misterio del amor estriba en que los actos de puro amor son de pura beatitud. Es el amor hecho bien. El espíritu es inmortal, por su esencia simple que piensa y ama. El mundo de las esencias irrumpe al plano

de las existencias trayendo eternidad a la contingencia: aquella se refleja en éste en deseo inmortal.

Cuando Spinoza escribe en su *Ética*, III parte, en la proposición VI: "Cada cosa, en tanto que es en sí, se esfuerza en perseverar en su ser", y en la proposición VIII: "El esfuerzo con que cada cosa trata de perseverar en su ser, no envuelve tiempo alguno finito, sino en tiempo indefinido", establece el bello pensamiento de Platón: "Todas las cosas mortales tienden con todo su poder a la inmortalidad", amor geométrico demostrado, constituye en forma metafísica universal la participación del mundo de Dios, que para el judío portugués es imanentista y emanatista, pero que para un cristiano y un escolástico es imitación participativa trascendental de la plenitud inmortal del Acto Puro. Más hay de participación de eternidad y de creación en el devenir de las cosas que contingencia y dejar de ser.

Me detengo. No quiero extenderme demasiado en una analítica metafísica. Neruda siente esto, tal vez sin conocerlo explícitamente. La obra poética es no sólo del hombre sino de Dios, reflejo de su Divinidad. Esencia y virtualmente infinita, como Infinita es Aquella en Acto. Toda sugerencia y toda interpretación caben en una poesía un poco honda. Es la analogía del Ente. En el poeta y en cualquier sector, por infinitesimal que sea, se refleja el problema metafísico (1) en toda su intensidad. En unos, en el plano del sentimiento puro y aun en el orden fisiológico y físico, se rastrea con un paso inmortal la tragedia de la limitación, que en movimiento angustioso de rupturación de fronteras anónima y señorea sobre el universo entero. La poesía de Neruda no sólo es implícitamente ontológica sino que lo es explícitamente. Para mí se me descubre como una fuente. La visión atormentada del poeta sintiendo lo inmortal, poniendo su yo perseverante con perseverancia de esencia, ansiando lo Puro-Infinito en cada quejido, a veces con voces inenarrables y extrañas, hace que en ella se encierre venero poético de hondura de eterno valor humano.

El problema del Tiempo con su actualidad de sucesión y con su trágica ponencia de angustia y muerte asoma en el poeta con vigor estelar.

(1) La Religión es la metafísica de lo sobrenatural hecha concreción y vida.

Cuando quiero citar la tragedia del Tiempo en sí misma, con su objetividad ontológica, sin colocación del yo, y de su psiquismo en resonancias, en forma poética, con esquematismo sintético de contenido y técnica, de lo más colosal en la poesía nueva, siempre recurro al poema "Los nombres" de Jorge Guillén. El ir pasando del Tiempo sin solución de continuidad, es un gerundio integral de tejido fluido, mientras el contenido de las cosas pasa existencialmente pero quedan con su realidad prendida en lo eterno, significando que nos ponemos en contacto con el pasado, no en virtud del pasado, sino con aquello que el pasado tiene de eterno, en el patinar de lo móvil sobre lo inmóvil, en el resbalar del Tiempo sobre lo eterno, de lo fenoménico sobre lo noumenal, y en la restancia eterna y absoluta de las esencias, espejos de lo Inmóvil, que quedan en el plano inteligible, posicionadas en actitud de franca apertura para un presente siempre actual, expresa como nada el sentido de la vanidad de las cosas que peregrinan como sombra y sueño.

#### LOS NOMBRES

Albor. El horizonte  
entrebrea sus pestañas,  
y empieza a ver. Qué? Nombres  
están sobre la pátina

de las cosas. La rosa  
se llama todavía  
hoy rosa, y la memoria  
de su tránsito, prisa.

¡Prisa de vivir más!  
A largo amor nos alce  
esta pujanza agraz  
del instante, tan ágil

que en llegando a su meta  
corre a imponer: Después!  
¡Alerta, alerta, alerta!  
¡Yo seré, yo seré!

Y las rosas?... Pestañas  
cerradas: horizonte  
final. Acaso nada?  
Pero quedan los nombres.

En la poesía nerudiana, lo poético se refugia en el sector de resonancia del Yo-espíritu. Abre el sector psicológico, sin desmedro de su valor ontológico. Por algo se dice que lo singular tiene cantidad universal en lógica.

"Significa sombras" es uno de los más profundos poemas de "Residencia en la Tierra" y uno de los más hondos y vitales de Neruda. Como nunca, se observa en su conjunto el desarrollo compacto de su creación poética, característico de la poesía nerudiana. Es la tragedia del Tiempo hecha carne en el Tiempo psicológico del yo-espíritu que asiste al desfilarse del Tiempo, sumergido en Tiempo cuando algo de su yo —lo móvil-materia— se le escapa produciendo Tiempo, y cuando lo interior-profundo permanece en el pedestal de lo íntimo presente, como inmenso testigo de las cosas que pasan, en el mundo externo y el mundo interno. Todo acaecer es morir y vivir. La evolución, por el solo hecho de serlo, es creadora. La duración nace por la creación, la creación accidental, la conservación que es en el fondo una creación continuada dada la intrínseca contingencia del ser-límite.

En "Significa Sombras" el espíritu se sumerge en las sombras del pasado que como voraz engullidor de distancias y medidas, se va tragando al Tiempo, sin poder dejar de absorberse en absorción sin tregua y continua, inmensa como la noche negra. Lo inmortal aflora con deseo de perpetuidad, que nace del hastío de contemplarse el yo, como testigo (intemporal) del fluir de las cosas, siempre relacionando el pasado con el futuro, embarcado en el inestable presente, ya en viaje sin retorno. La irreversibilidad del Tiempo desesperaba a Nietzsche.

"Significa sombras" es poema de trascendencia. El deseo de encontrar lo definitivo, aquello que para siempre apague el ansia de vida, lo inmortal y lo perfecto, aquello que sacie con total beatitud lo potencial del yo, que se introduzca en el fondo del espíritu —a semejanza de una especie inteligible no representativa sino intuitiva natural de identidad o íntegra penetración— lo Divino, en una palabra, que consiga y alcance al hombre la quietud inmortal de la vida y del acto. Esta consecución se ofrenda al espíritu por encima de todo nombre, de toda relación terminal, de todo principio y de todo fin, suprema instancia de explicación eidética o lógica o gnoseológica, principio absoluto más allá de todo orden, y de toda multiplicidad.

## SIGNIFICA SOMBRAS

Qué esperanza considerar, qué presaigo puro,  
qué definitivo beso enterrar en el corazón,  
someter en los orígenes del desamparo y la inteligencia,  
suave y seguro sobre las aguas eternamente turbadas?

Qué vitales, rápidas alas de un nuevo ángel de sueños  
instalar en mis hombros dormidos para seguridad perpetua,  
de tal manera que el camino entre las estrellas de la muerte  
sea un violento vuelo comenzado desde muchos días y meses y siglos.

.....

La ley del devenir es tratar de escapar al degenir. El werden (recuerdo el concepto hegeliano), esto es, el movimiento, se genera por contrarios reductibles. La lucha gime en lo interior del movimiento en el que se confunde en identidad. Si miramos a la inmanencia del devenir, de la vida humana, sin funcionalidad ajena, esto es, sin mirar una trascendencia definitiva, la visión del mundo es desconsoladora y recuerda a Schopenhauer y a Spengler. Cuando Berdiaeff escribe en su "Filosofía de las existencias" que la tragedia del hombre está en desenvolver en el tiempo un destino extratemporal revela un sector restringido de la vida, admitiendo a pesar de todo una finalidad de trascendencia.

Los hombres corren por la superficie cósmica apenas con rasguñales cicatrices de penetración, mientras allá en el fondo de su espíritu se desarrolla el látigo de la vida, espejo del universo. Proyectil nudizal que asume siempre lo interno, tal es y debe ser su posición, la anhelada, la ansiada, la única posible vitalmente. A veces ante esta cósmica mortaja se reduce el anhelo de vida; a veces ésta involucra y sumerge en perdición de ser su actividad; reflejo de su debilidad intrínseca.

"Tal vez la debilidad natural de los seres recelosos y ansiosos busca de súbito permanencia en el tiempo, y límites en la tierra, tal vez las fatigas y las edades acumuladas implacablemente se extienden como la ola lunar de un océano recién creado sobre litorales y tierras angustiosamente desiertas".

Pero aparecen los derechos del noumenò que anhela por perseverar en su ser ut sic, guardando las profundidades de lo real como el caracol bajo su concha.

“Ay que lo que yo soy siga existiendo y cesando de existir,  
y que mi obediencia se ordene con tales condiciones de hierro,  
que el temblor de las muertes y de los nacimientos no conmueva  
el profundo sitio que quiero guardar para mí eternamente”.

El Yo se dá cuenta que lleva una tragedia: la de existir “afuera y adentro”, la de vivir en el Tiempo y el Espacio y la de permanecer y durar en lo interior escuchando el “gran silencio”, el silencio de la Plenitud, y se resigna a su suerte, a su eudética suerte.

“Sea, pues, lo que soy, en alguna parte y en todo tiempo,  
establecido y asegurado y ardiente testigo,  
cuidadosamente destruyéndose y preservándose incesantemente,  
evidentemente empeñado en su deber original”.

La muerte aparece “formalmente” no sólo esencial sino con su sollicitación de voz que se hace escuchar. En la Oda con un lamento, el poeta la columbra visiblemente en el torbellino integral de su ser mientras dura, mientras vive.

“Hay mucha muerte, muchos acontecimientos funerarios  
en mis desamparadas pasiones y desolados besos,  
hay en el agua que cae en mi cabeza,  
mientras crece mi pelo,  
un agua como el tiempo, un agua negra desencadenada,  
con una voz nocturna, con un grito  
de pájaro en la lluvia, con una interminable  
sombra de ala mojada que protege mis huesos,  
cuando me visto, cuando  
interminablemente me miro en los espejos y en los vidrios,  
siento que alguien me sigue llamándome a sollozos  
con una triste voz mojada por el tiempo”.

Y es que la muerte por ser descomposición es fenómeno de Tiempo y lo inmortal se opone al Tiempo como lo inmóvil al devenir, como lo Absoluto a lo relativo. Es la voz del mundo empapada en sus aguas carcelarias de Tiempo y Espacio, que marca sus obras como marca con estigma el dueño las suyas. El universo se mueve por sacudirse el ropaje de la limitación, produce el Tiempo por salir del Tiempo y gime con el fin de gozar definitivamente.

El gran amador, el anhelador de inmortalidad, tal como el viajero por el camino, está alerta ante el posible ladrón... mirando los intersticios de la vida por donde acecha la noche.

"Acecho, pues, lo inanimado y lo doliente,  
y el testimonio extraño que sostengo  
con eficiencia cruel y escrito en cenizas,  
es la forma de olvido que prefiero,  
el nombre que doy a la tierra, el valor de mis sueños,  
la cantidad interminable que divido  
con mis ojos de invierno, durante cada día de este mundo".

La poesía de Neruda es poesía compacta, que no admite como las pirámides el filo intersticial de un cuchillo. Una de sus grandes cualidades es su sinceridad, sinceridad tremenda que recorre en palpitaciones todo el diapason sensitivo y espiritual del alma. Neruda, como ninguno, desprecia las bellezas accidentales, cuando tiene que dar una expresión más pura, total y adecuada. A él no le importa el sonido de la palabra sino su sensación y ocurre a los más explorados muladares en su sintaxis y síntesis de imágenes, para dar con la sensación total buscada. Anunciará la caída de lo "nocturno simbólico" "como trapo que cae en lo interminable"; como una esponja que recoge distancias y tiempo y absorbe noche como quien absorbe vida y alimento.

Neruda habla al ser; su obra creadora es eminentemente creadora, como causa, como efecto y como relación a otros. La creación es obra del ser entero con todas sus potencias; la obra refleja la naturaleza del engendrante y la relación del autor del poema, confundidos en concreción poética; con el lector y con el que penetra en ella, es también total; coge no sólo al entendimiento sino al corazón, a la periferia sensorial, a la vida entera en una palabra. Neruda crea en el lector, espontáneamente, un "vaso de resonancias", un ritmo que fluye naturalmente, recíprocamente en confusión armónica de vida que se da y se recibe.

Neruda penetra "con metafisicidad poética" en los seres naturales. Lo envuelven ellos con sus arcanos y el poeta deambula escuchando, como dice Vicente Huidobro: "El eco de sus pasos en la eternidad". Siente el desvencijarse del universal devenir, este actualizarse constante, sin cesar renovado, en una carrera integral, rápida y quieta, como el juego-símbolo de la filosofía heraclitana y como los ciclos cerrados de su evolución cósmica.

## GALOPE MUERTO

Como cenizas, como mares poblándose  
en la sumergida lentitud, en lo informe,  
o como se oyen desde el alto de los caminos  
cruzar las campanadas en cruz,  
teniendo ese sonido ya aparte del metal,  
confuso, pesado, haciéndose polvo  
en el mismo molino de las formas ya demasiado lejos,  
o recordadas o no vistas,  
y el perfume de las ciruelas que rodando a tierra  
se pudren en el tiempo, infinitamente verdes.

Aquello todo tan rápido, tan viviente,  
inmóvil, sin embargo, como la polea loca en sí misma,  
esa rueda de los motores, en fin.  
Existiendo como las puntadas secas en las costuras del árbol  
callado, por alrededor, de tal modo,  
mezclando todos los limbos de sus colas.  
Es que de dónde, por dónde, en qué orilla?  
El rodeo constante, incierto, tan mudo,  
como las lilas alrededor del convento,  
o la llegada de la muerte a la lengua del buey  
que cae a tumbos, guardabajo, y cuyos cuernos quieren sonar.

Por eso, en lo inmóvil, deteniéndose, percibir,  
entonces, como aleteo inmenso, encima,  
como abejas muertas o números,  
ay, lo que mi corazón pálido no puede abarcar,  
en multitudes, en lágrimas saliendo apenas,  
y esfuerzos humanos, tormentas,  
acciones negras descubiertas de repente  
como hielos, desorden vasto,  
ocenánico, para mí que entro cantando,  
como una espada entre indefensos.

Ahora bien, de qué está hecho ese surgir de palomas  
que hay entre la noche y el tiempo, como una barranca húmeda?  
Ese sonido ya tan largo  
que cae lustando de piedras los caminos,  
más bien, cuando sólo una hora  
crece de improviso, extendiéndose sin tregua.

Adentro del anillo del verano,  
una vez los grandes zapallos escuchan,  
estirando sus plantas conmovedoras,  
de eso, de lo que solicitándose mucho,  
de lo lleno, oscuros de pesadas gotas.

Neruda en una visión de movimiento sobre este mundo que aparece lentamente a la investigación del hombre, contempla el ciclo de las cosas que pasan y se borran en su movimiento esencial de creaturas. Cantando al no-ser ha alcanzado las estrellas que permanecen más allá de las sombras, y sentido el sonido de la realidad inteligible. Esa es su tragedia: llevar una concepción materialista cuando toda su inspiración poética asume caracteres metafísicos. Su universo está limitado y no trasciende y por eso se angustia y muere como los ciclos cósmicos. La tarde lo acompaña con su vestido y su "obligación vespéral de sucumbir". Su poesía nocturna se adorna con los espíritus de la noche sin darse cuenta que toda noche va en busca de su amanecer.

---